

AÑO I
DE DICIEMBRE DE 1941
N.º 34

(APARECE LOS JUEVES)

El Colegial ^{M.R.}

PRECIO
US \$ 1.-





EL GATO MONTES (*Felis Pajeros Desm.*)

El Gato montés pertenece al Orden de los Carnívoros y a la Familia de los Felidos o Gatos. Habita los lugares boscosos. En Chile es más o menos común en la parte sur y regiones centrales del país.

Sus costumbres son las mismas de las fieras a las que pertenece, se distingue del gato doméstico en el tamaño que es un tercio más o menos mayor, en el pelaje más tupido, en las mandíbulas más poderosas y en la mirada que es más feroz.

El gato montés dedica la noche a sus cacerías, si el hombre lo obliga llega hasta los corrales de las casas de campo, ataca a las aves trepando fácilmente por los árboles y hace grandes estragos en los gallineros. Sus costumbres son las mismas de toda fiera, acostumbra pasar el día oculto, acurrucado en las ramas de los árboles, esperando que pase una presa, mirando con ojo chispeante al cazador que se aproxime y que, si quiere disparar ha de estar muy seguro del golpe, pues si le hierre, el animal se lanza sobre el cazador con el dorso erizado y le hunde las garras en las carnes del pecho, con tal fuerza, que no hay manera de arrancarlo. Son muy peligrosas las heridas que ocasiona y se curan muy lentamente. No teme a los perros y muchas veces traba batalla con ellos antes de que el cazador se haya apercibido de su presencia, procurando clavarle las garras en los ojos, defendiéndose con obstinado furor, mientras le quede un poco de vida.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

APARECE LOS
JUEVES

Castilla 6562
—Correo 4.—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

AÑO 1

4 1941
DEFENSO LEGAL

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:
\$ 1.00

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:
Anual . . . \$ 50.—
Semestral . . . 25.—

Director Propietario: ELEODORO CARO C.
Of. Díez de Julio 1140.

N.º 34

MI CHARLA DE HOY

Pedrin Salvatierra, un amigo del Liceo, me decía en días pasados; "Estoy aburrido de estudiar. Quisiera aprenderme las lecciones de una sola pasada". ¡Qué agradable sería si no tuviéramos más que formular un deseo para verlo realizado en el acto! Pero la vida no es así y poco a poco, a medida que vamos creciendo, comprendemos que nada se alcanza sin sacrificios. Por eso Dios, en su infinita sabiduría, puso el dolor junto a la dicha y al lado del triunfo puso a la derrota.

En resistir los sacrificios, en superar los obstáculos, reside el mérito de cada individuo y está el secreto del goce de la propia satisfacción. Los niños, aprendiendo desde pequeños a afrontar y vencer las dificultades, serán más tarde hombres de gran carácter y se habrán forjado un alma valerosa y sufrida.

Y así como antaño el paladín confiaba en su firme y flexible espada, para entrar sonriente en la arena del combate, así nosotros, los niños, con nuestra alma tempranamente aguerrida, iremos llenos de fe afrontando y venciendo las dificultades de la vida. ¡Hasta el Jueves!



EL COLEGIAL



F. LUGAS

EL ULTIMO PIRATA



Geldón lanzó una protesta con furia y dió un paso adelante. Ni él, ni Hip Sing, estaban enterados de que Martín Galt tenía un socio, pero desde luego, ya no se podía seguir con el engaño. Los chinos dieron vuelta alrededor de la mesa y se dirigieron hacia Worth, que había echado mano al bolsillo del pantalón donde llevaba su revólver. Pero se dió cuenta demasiado tarde, que debía de haber echo uso de su arma antes de entrar solo a la cámara. Alcanzó a disparar dos tiros antes de que cayeran los chinos sobre él, y uno de ellos se echó hacia atrás lanzando un grito y con la mano en el hombro izquierdo. El otro tiro se perdió en el vacío y un golpe de Geldón en la muñeca de Worth hizo saltar el arma por el aire.

Pero la batalla no podía terminar con tanta facilidad. A pesar de contar con la fuerza del número los atacantes de Worth se encontraron con que el marino era un hombre muy difícil de dominar, se defendía con las uñas, los puños, las rodillas, hasta con los dientes. Worth sabía utilizar todas las armas naturales del hombre. Durante cinco minutos fué aquello un verdadero revoltijo de hombres que se veían luchando en completa confu-

RECUERDE: Martín Galt, acepta la compra del bergantín llamado "LUCY M", que le ofrece Wrenn, uno de los más importantes armadores de Singapur. El barco había pertenecido antes al pirata Barry Lark, el que había sido muerto por su tripulación. El capitán Galt necesitaba un buque para reanudar sus operaciones interrumpidas, por lo que acepta dar a Wrenn un 50 % en caso de encontrarse el tesoro del pirata en el barco. Hip Sing que se interesa también en la compra del "Lucy M", secuestra a Galt y le exige le venda el buque, porque de todas maneras, él impedirá su salida del puerto. Galt trata de librarse de sus enemigos, pero es vencido, momento que aprovecha Hip Sing para enviar gente a bordo del "Lucy M", y tratar de encontrar el tesoro. Mientras tanto Clemente Worth, el compañero de Martín, lo espera impaciente en el barco; sospecha que algo a sucedido y se dispone a salir, cuando divisa luz en la cámara principal. Abre la puerta, y encuentra varios hombres ocupados de desgarrar la tapicería de los muebles, otros registrando el equipaje y...

CAPITULO V

Geldón sacó un papel de su bolsillo y lo agitó en el aire.

—Me llamo Galt, dijo, y aquí está el boleto de compraventa. Pero usted ¿quién es?

—¿Quién soy yo? exclamó Worth hecho una furia. Yo soy el socio de Martín Galt. Y ¿de qué se trata aquí? ¿Es algún juego?

sión, logrando los atacantes al fin, dominar a Clemente Worth. Geldón tuvo la oportunidad de colocar un buen golpe que hizo caer a Clemente, pero arrastró en su caída a Geldón y a uno de los chinos, que quedaron cazados entre dos de los sillones que estaban fijos alrededor de la mesa. Por lo tanto, los tres hombres siguieron luchando un rato debajo de la mesa, pero el hombre más pesado, pudo, al fin, utilizar todas sus ventajas, en el mismo instante que uno de los chinos acercó un farol para ver qué estaba ocurriendo debajo de aquella mesa y quedó sorprendido al ver que Geldón, a pesar de haber desmayado a Worth de un golpe, seguía debajo del mueble. De pronto Geldón lanzó un grito salvaje.

—Aquí está, gritó. Aquí está la clave del misterio. Y pensar que nunca se nos hubiera ocurrido mirar en este lugar.

Esto fué lo único que pudo oír Worth hasta que un puñete en la mandíbula lo durmió definitivamente.

Cuando recobró los sentidos, se encontró solo. En la cámara, las luces, continuaban encendidas, pero los asaltantes habían desaparecido; salió gateando de debajo de la mesa, tocándose la mandíbula dolorida, sacó una botella de whisky de su equipaje y tomó un buen trago. Luego se sentó a meditar sobre lo que acababa de ocurrir.

Hip Sing no había amenazado en vano. La presencia de los chinos lo demostraba. Y el tesoro de Barry Lark no era una fantasía tonta. Parecía que Martín Galt se había preocupado del tesoro más de lo que quería demostrar, al com-

prar el Lucy M. Dos policías desconfiados se presentaron a bordo poco después, y Worth tuvo que estar media hora hablando para convencerles de que allí no ocurría nada.

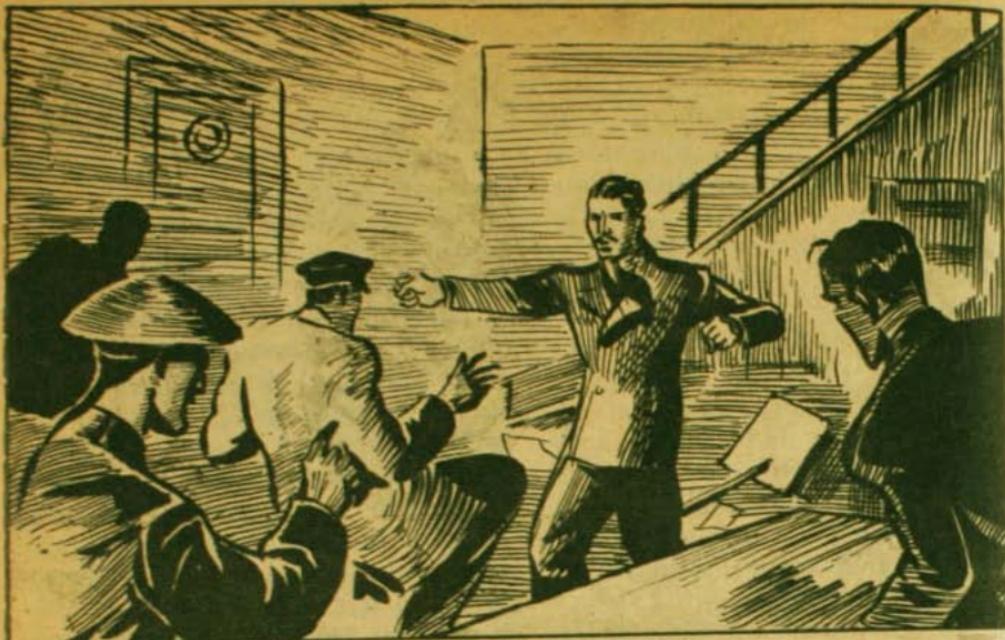
Después que los policías se marcharon, Clemente se acordó del grito que había lanzado Geldón refiriéndose que allí estaba la clave del misterio, y con una curiosidad rara en él, tomó una lámpara y se deslizó nuevamente debajo de la mesa. Pasó un buen rato allí antes de que se le ocurriera la idea. Aquel lugar era naturalmente obscuro, hasta en pleno día, y aun con el auxilio de la luz del farol, a primera vista, no se veía allí gran cosa. Sólo se veían las patas de los sillones y los dos soportes que sostenían la tabla que formaba la mesa. Worth ya iba a abandonar la pesquisa, renegando, según su costumbre, cuando el farol alumbró la parte de abajo de la tabla con mayor intensidad. Entonces Clemente Worth abrió los ojos y exclamó:

—Que me lleven los diablos.

Cuando Martín Galt recobró el uso de sus sentidos, se encontró sumido en una obscuridad completa y tardó varios minutos en recordar lo que había ocurrido. Entonces se puso en pie, escupió porque sintió en la boca el sabor de sangre y con todo cuidado se palpó un nuevo chichón que le había salido en la cabeza.

—Hip Sing se está propasando, se dijo. Dos veces en una noche, ya es demasiado. Tendré que ocuparme seriamente de esta rata amarilla.

Se registró los bolsillos. Le habían quitado el revólver, lo mismo que el dinero y los papeles que lle-



Worth se defendió con los puños, las rodillas y hasta con los dientes...

vaba encima. Pero le habían dejado algunos fósforos y los cigarrillos, una lima para las uñas, un peine y algunos útiles más. Empezó por encender un fósforo y echar un vistazo a su alrededor. Se encontró en una pequeña habitación donde se sentía olor a herrumbre. Pensó que se hallaba en alguna habitación o depósito de las grandes oficinas de Hip Sing. La puerta era muy sólida e imposible de violentar sin elementos adecuados. Había una ventana a la altura de su cabeza, que en aquel momento tenía los postigos cerrados y asegurados con una tranca por el interior. Le pareció demasiado bueno y bastante fácil.

Galt arrojó el fósforo consumido al suelo y armó un cigarrillo en la obscuridad. No tenía la menor idea de la hora que podría ser ni del tiempo que llevaba encerrado allí. Pensó en lo que estaría haciendo su compañero Clemente Worth en

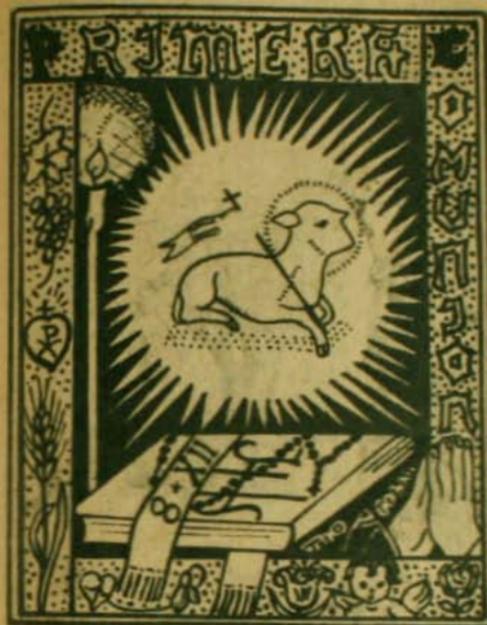
aquel momento, en lo que Hip Sing intentaría hacer y en lo que haría o debía hacer él mismo. De todo esto, una cosa le resultaba evidente y de una claridad meridiana; él debía escapar de allí, encendió otro fósforo, y con él el cigarrillo.

Sí, tenía que escaparse de allí. Alzó los brazos y probó la resistencia de la tranca que cerraba los postigos de la ventana. Experimentó una ligera satisfacción. La barra estaba suelta y el candado que la sujetaba no representaba ningún obstáculo. Galt ejerció un poco de fuerza y la barra se dobló, el candado se rompió en seguida y Martín Galt casi cayó al suelo. Encendió otro fósforo, abrió los postigos y lanzó un ligero gruñido. Debía haberlo previsto. La ventana estaba protegida por afuera con una reja de hierro.

(Continuará)

Vergel INFANTIL

8 DE DICIEMBRE



¡Oh, santo, oh, tierno, oh, caro,
Oh, hermosísimo día! ¡Almo faro,
Eternamente claro!
¡Fortísimo reparo
Al navío, del alma, en pos de amparo!

Comes, con gran esmero,
El convite, eucarístico, primero.
¡Hecho manso cordero,
Está Dios verdadero,
Ya en tu alma, en la hostia blanca, todo en
[tero]

Y un cielo de safiro,
En tus pupilas, recogidas, miro;
Y cumplido, remiro,
Tu celestial suspiro:
¡Un todo, tú y Jesús, en fiel retiro!

Mientras el nimbo, de oro,
De tu sien, besa el sol, y desde el coro
Vibra el himno sonoro:
¡Oh, vivo pan, te adoro!
Me vence un llanto arcano y, quedo, oro:

¡Nunca, el abismo obscuro
Vuelva el sendero de esta almita duro;
Sea, para lo futuro,
En un vuelo seguro,
¡Señor! igual que ahora, tu ángel puro!

OTRO SONETO

Primavera que estalla en un cohete oloroso,
acuarela dorada bajo un cielo azulado:
por sentirte aquí dentro, sobre el pecho en reposo
he invocado al Olvido, con acento confiado.

Del capullo sedeño que aun no ha reventado
yo quisiera robarme ese himno armonioso...
(Mi alma ya no tiene de los sueños hermosos
ni el recuerdo perdido de un ensueño adorado)

Suena al viento la gracia de la actual Primavera
y los pájaros cantan con sabor de quimera,
solo, en mi alma, la pena, en nostalgia se ahonda.

Abrazada al recuerdo que es la hiel de un tormento
a la Primavera yo llamo y salgo a su encuentro
protegida de luces, con el alma hecha sombra.

TIO ATILIO



Malva Ovalle de la Cruz.

EL PALADIN

RECUERDE: Eudio, llamado el Paladín Trovador, el caballero Giles de Crucis y el escudero Laquenard llegan a Sicilia para salvar a Rosmunda de manos del conde de Valleombroso quien ha decidido envenenar a su sobrina para apoderarse de su enorme fortuna. Eudio se encuentra con un criado de la condesa Alienor que ha resuelto proteger a los tres amigos en contra de la voluntad de su esposa.

CAPITULO X



1.— Orego, el criado de la condesa, después de haber contado a Eudio lo que ocurría en el palacio del conde, dijo al joven. —¿Queréis que os haga entrar en palacio disfrazado de servidor? —Sea, respondió Eudio; pero si me traicionáis, mis amigos me vengarán.



2. Se separaron y Orego quedó de volver al día siguiente. El Paladín Trovador volvió al sitio donde estaban sus amigos y les contó lo que le había ocurrido con el criado de la condesa. Giles quería actuar en el acto; pero Eudio lo convenció de que debían esperar.



3. Al día siguiente, Eudio, vigilado de lejos por sus dos fieles amigos, encontró a Orego en el lugar de la cita. — Aceptáis entrar en palacio como servidor del conde? preguntó Orego. Creo que no os inspiro desconfianza, ¿verdad? —¡No! respondió el Paladín Trovador.



4. Con un ademán Eudio significó que deseaba ser conducido al palacio del conde. Mientras caminaban, Eudio preguntó a Orego: —¿Cómo es que siendo vos del país servís a los que tiranizan a vuestro país? —Hay que vivir, señor, fué la única respuesta de Orego.

TROVADOR



5. Eudio no quiso hacer más preguntas a su guía y concentró su atención en su alrededor para ver si observaba a gente sospechosa. En realidad no tenía mucha confianza en Orego, pero no había otra manera de entrar en el castillo. Por fin apareció el palacio del Gobernador y no sin cierta inquietud atravesó Eudio por entre los guardias.

6. Y mientras Orego conducía al Paladín Trovador a través de estrechos corredores, el conde de Valleombroso hacía llamar a su sobrina y cuando la bella Rosmunda se presentó ante él, le dijo: —Me han traído la noticia, querida sobrina, de que un turbiñon ahogó a cierto caballero Giles de Crucis, enemigo mío. Por eso daré un gran banquete.



7. En efecto. El conde ordenó un gran banquete y convidó a los principales caballeros franceses. Y cuando el conde apareció en el gran salón llevando de la mano a su esposa Alienor y su sobrina Rosmunda, todos se fijaron en que la joven tenía el rostro muy pálido y en que a nadie dirigía la palabra. La joven parecía presa de una gran tristeza.



8. En la sala vecina al gran comedor, se hallaban reunidos músicos e histriones de Italia, encargados de amenizar el banquete con canciones y juegos de destreza. Eudio estaba entre los criados que iban a servir la mesa. Jamás el conde, ni nadie, hubiese podido imaginar que aquel criado era Eudio.

(Continuad)



RECUERDE: Una viuda vendedora de frutas cae enferma y llama a sus dos hijos mayores, Julio y María, a la cabecera de su lecho. La enferma les revela que Elenita, la hijita menor, es sólo una hija adoptiva y que su verdadero nombre, inscrito en un medallón que la chiquitina lleva colgado al cuello, es Elena Camerau. La viuda muere y Julio sigue manejando el comercio de frutas para mantener a sus hermanos. Elenita cae enferma y Julio la lleva al hospital de niños. Al volver del hospital Julio se encuentra una cartera con joyas y dinero y la entrega en la comisaría más cercana. Por la noche Julio es despertado por su hermana que ha sentido que alguien quiere abrir la puerta. Julio toma un garrote y espera. La puerta se abre y entra un hombre.

CAPITULO IV

Un llamado sorpresivo

En ese mismo instante el bastón de Julio cayó pesadamente sobre la cabeza del merodeador nocturno. El golpe fué tan recio que el agredido cayó derribado en el suelo. María, sin poder vencer su nerviosidad, fué en busca de la vela y la acercó al sujeto caído.

—¡Juanico Cancino! exclamó Julio. ¡Sólo esto le faltaba a este sinvergüenza. ¡Robar a sus vecinos!

—Su llave le hace a nuestra cerradura, observó María. Podrá entrar en cualquier momento...

—Creo que lo pensará un poco

antes de entrar, después de este garrotazo que acabo de darle, respondió Julio.

—En todo caso hay que avisar a la mayordoma, insistió María.

Juanico Cancino permanecía aturdido en el suelo, inmóvil. María empezó a temer que su hermano hubiese golpeado demasiado fuerte. Y cuando ya su corazón se angustiaba, Cancino volvió en sí, lanzando un gemido y de los gemidos pasó a los quejidos y ayes de dolor.

—¡Párate! le ordenó Julio y ve de aquí.

—¡Ay, ay! se quejó más fuerte el bribón llevándose las manos a la cabeza.

El grito de dolor lanzado por Cancino y el ruido de su caída habían sido escuchados por los vecinos quienes acudieron alarmados y a medio vestir. Julio les explicó rápidamente lo ocurrido.

—¡No debieran admitir gentes de esta calaña! protestó una señora.

—¡Hay que decirle a don César que despida a este indeseable! exclamó un vecino que nunca había podido mirar con buenos ojos al holgazán.

Juanico había recobrado ya bien el conocimiento y levantándose muy sorprendido, al parecer, de verse entre tanta gente, dijo con desvergonzado aplomo:

—¡Qué tanta bulla por una equivocación! Lo que hay es que me equivoqué de puerta y metí la llave en esta puerta creyendo que era la de mi cuarto.

—¡Linda equivocación! dijo un vecino moviendo la cabeza con ma-

nifiesto aire de incredulidad.

—Cualquiera se equivoca o puede equivocarse si le ha puesto unas copas de más al gaznate! dijo Juanico.

—¡Pero usted no está borracho! observó otra de las vecinas mirando al haragán con franca desconfianza.

—Es que el garrotazo de este chiquillo me espantó la “mona” explicó Cancino.

—¡Bueno, bueno, dijo Julio queriendo terminar el asunto, acepto sus explicaciones, Juanico! Pero le prevengo que si vuelve a equivocarse de puerta corre el riesgo de encontrarse con otra cosa mucho peor que la de ahora...

Los vecinos se diseminaron yéndose a sus respectivos departamentos o piezas, haciendo los más variados comentarios sobre lo sucedido, aunque todos coincidían en dejar establecido que el tal Juanico Cancino era un bellaco y un bribón en quien nadie podía tener confianza.

Cancino se había ido también con los demás y Julio cerró la puerta de su pequeño departamento. Antes de volver a acostarse, Julio le dijo a María:

—Ese mal hombre no estaba borracho aunque su aliento estaba pasado a licor; sin duda su intención era robarnos. Sabe perfectamente que yo manejo el dinero del negocio. Tenemos que andar con cuidado, hermana.

Al día siguiente, Julio puso en conocimiento de la mayordoma lo ocurrido durante la noche pasada. La mayordoma dió cuenta a don César y le agregó una petición de los vecinos para que despidiera a Juanico Cancino. Todos eran po-

bres, pero honrados. Y no querían vivir con un ladrón.

Don César movió la cabeza bastante malhumorado, como el hombre que desea hacer algo y no puede hacerlo por causa de algunas dificultades.

—Dígales a los arrendatarios, dijo por fin, que tengan paciencia. Por el momento no puedo hacer nada contra ese sujeto. Paga puntualmente y, según la ley, yo no puedo despedirlo. Pero creo que de repente va a presentarse la ocasión de expulsarlo. Mientras tanto, haga cambiar la cerradura de la puerta de esos niños huérfanos y recomíéndeles que atranquen la puerta durante la noche.

Día por medio el estudiante de medicina, Orlando Baltra, visitaba a los huérfanos para darles noticias de Elenita, cuya convalecencia progresaba normalmente, sin tropiezos. Y en cada visita el futuro doctor dejaba algunas medicinas, especialmente tónicos, para María.

—No es posible que se sacrifique usted así por nosotros, le dijo un día Julio tratando de rechazar con mucha cortesía los obsequios.

—¡Oh, no, amigo mío! respondió el joven sonriendo. Esto no representa ningún sacrificio para mí; tengo la suerte de tener unos padres ricos que nunca me regatean el dinero. Así, pues, amiguito, no se preocupe de esto.

Un Sábado en la tarde, Orlando Baltra les dijo:

—Mañana vendré a buscarlos para ir juntos a ver a la pequeña Elena que está ansiosa de verlos a todos.

Fué una noticia magnífica que llenó de júbilo a los tres hermanos. Esa tarde, Julio volvió temprano



Julito, dijo: un carabinero trajo esta carta dirigida a Ud.

con su carretoncito de frutas. Había convenido con su hermana en comer temprano para salir en seguida a comprar algunos regalos para Elenita. Todavía estaba de día cuando Julio, Chago y María se sentaron a la mesa. Estaban empezando a comer, cuando se presentó en la puerta la mayordoma con una carta en la mano.

—¡Julito, dijo, un carabinero trajo esta carta dirigida a su nombre: Julio Alday!

El niño volvió la cabeza sorprendido.

—¡Un carabinero...! murmuró reflexionando.

Y de pronto se vino a la memoria el recuerdo de la linda cartera que había encontrado en la calle y que había llevado a la Septima Comisaría. Tomó la carta que le pasaba la mayordoma y leyó:

“Sírvase pasar esta tarde, de 6 a 7 por la oficina del Comisario de

esta Comisaría.— *El Comisario*”.

Julio leyó esto en alta voz, de modo que María pudo imponerse al mismo tiempo ue su hermano. Pero no sacó nada en limpio y hasta se inquietó pensando en que tal vez el Comisario llamaba a Julio para aplicarle alguna multa, de esas multas a las que están siempre expuestos los comerciantes poco experimentados.

—¿No sacaste el certificado de sanidad? preguntó.

Julio comprendió la inquietud de su hermana y la tranquilizó con estas palabras:

—¡No, María; creo que se trata de otra cosa. ¡Muchas gracias, señora! añadió dirigiéndose a la mayordoma. Y ésta replicó:

—¡No hay de qué, Julito! Sólo le deseo que esa carta no sea nada malo para usted.

Y la buena mujer se marchó dejando solos a los huerfanitos. En-

tonces Julio pudo decir a su hermana:

—Creo que se trata de aquella cartera que me encontré en la calle y que fui a dejar a la comisaría. En todo caso, te aseguro que no se trata de ninguna multa. La patente municipal fué renovada, tengo el papel de sanidad y todos los demás certificados exigidos por las autoridades. Voy al momento. No saques las ollas del fuego. Siguan comiendo ustedes, yo comeré a la vuelta.

—¡No, no; te esperaremos! respondió decidida la buena hermana.

—Bien; regresaré pronto.

Julio salió al callejón y se puso a caminar rápidamente. Dobló la esquina y fué a tomar el autobús en el paso bajo nivel del ferrocarril. En poco tiempo el autobús Diagonal lo dejó en la calle Herrera, no lejos de la Comisaría.

Apenas se presentó ante el oficial de guardia y dijo su nombre, fué conducido a la oficina del Comisario. Este le dijo al verlo:

—¡Hola, muchacho, te tengo una buena noticia! La cartera que trajiste fué reclamada por su dueña, una dama inglesa que se llama Mary Weldon. Vive en la calle Mac Iver, aquí está su tarjeta con su dirección. Me la dió para que la entregara al hallador de la cartera con sus más expresivas gracias.

—¡No hay de qué, señor Comisario! dijo Julio sonriendo y recibiendo la tarjeta. ¿Puedo irme, señor?

—No, todavía, espera; eres un buen muchacho y tienes ganada una recompensa. Toma, añadió abriendo el cajón de su escritorio y sacando varios billetes.

—Son para ti, de parte de la da-

ma inglesa, le dijo poniéndole los billetes en la mano.

—¡Cómo, señor, esto para mí! exclamó Julio casi asustado al ver que eran cinco billetes de a cien pesos!

El Comisario miraba sonriendo a Julio, gozándose en su sorpresa y estupefacción.

—Sí, son tuyos, guárdatelos, que bien merecidos los tienes! exclamó el digno funcionario policial.

—¡Esto es mucho dinero, señor...!

—No, no; la cartera poseía un bolsillito secreto y en ese bolsillito había un anillo con un gran diamante avaluado en treinta mil pesos. ¡Ya ves que te mereces muy bien esos quinientos pesos de recompensa! Puedes irte contento y sobre todo, con la conciencia muy tranquila... ¡Adiós y buena suerte, muchacho!

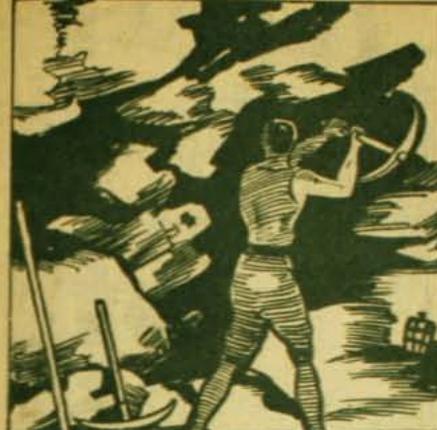
Y el Comisario lo despidió con un apretón de manos.

(Continuará)

DIBUJO SEMANAL



HISTORIA GRAFICA DE CHILE

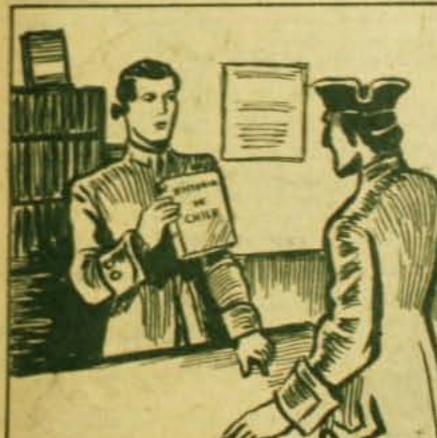


249. Don José Manso de Velasco dejó como Gobernador interino a don Francisco José de Obando. Entre varias obras públicas, el Gobernador hizo plantar una avenida de sauces a orilla de los tajamares del Mapocho. Fué el primer paseo que tuvo la capital.

250. Al cabo de nueve meses, Obando entregó el mando a don Domingo Ortiz de Rozas. El nuevo Gobernador era de carácter bondadoso, pero muy enérgico. Como don José Manso de Velasco fué fundador de muchas villas que con el tiempo llegaron a ser ciudades.

253. La acuñación de monedas facilitó grandemente el intercambio comercial y los negocios aumentaron en gran proporción. Especialmente fomentó la explotación de las minas de oro y plata induciendo con ello a muchas gentes a convertirse en mineros.

254. El país marchaba por el camino de una franca prosperidad, cuando un triste acontecimiento interrumpió la marcha de este progresista gobierno. Concepción fué destruida una vez más por un espantoso terremoto que también causó graves daños en el resto del país.



251. Huasco, Petorca, Ligua, Casablanca, Quirihue, Coelemu y Florida le deben su fundación. Por eso fué agraciado con el título de Conde de Poblaciones. Además hizo fortificar las islas de Juan Fernández con el objeto de impedir que fuesen guaridas de piratas.

252. En 1750, don Francisco García Huidobro obtuvo el privilegio de establecer en Santiago una Casa de Moneda en donde se acuñaron las primeras monedas de oro y plata. Las máquinas fueron compradas con el propio dinero de don Francisco García Huidobro.

255. Concepción se levantó de sus ruinas y fué edificada en el sitio que hoy ocupa. Por ese tiempo murió el maestro de campo don Pedro Córdoba de Figueroa, nacido en Concepción, y que había escrito una "Historia de Chile". Esta ha servido a muchos historiadores.

256. El acontecimiento más trascendental para la cultura y el progreso del país, fué la fundación de la "Universidad de San Felipe", construída en el sitio que hoy ocupa el Teatro Municipal. Su primer rector fué el doctor Azúa Iturgoyen, nacido en Santiago.



HEROISMO de JUANITA

Ya estaba a la vista. ¡Oh!
¡Con qué frenesí agitaba la niña
su delantal! De arriba abajo, de
derecha a izquierda... ¡Lo vería
el conductor? ¡Sí! ¡Sí!... Había
visto la señal! Lanzó la máquina un
silbido agudo... dos... tres. Jua-
nita no daba punto de reposo al
delantal. El tren estaba casi enci-
ma de ella, pero fácil era ver que
acortaba la marcha, que muy pron-
to se detendría. Juanita veía ya ca-
bezas asomadas a la ventanilla,
ávidas de conocer el motivo de la
alarma.

El expreso fué a detenerse junto
a Juanita, que explicó en breves
palabras lo que sucedía. Inmedia-
tamente salieron algunos hom-
bres en auxilio del señor Hidal-
go, no tardando en librarlo del pe-
so del tronco y en trasladarlo a lu-
gar conveniente. El pobre guarda-
aguñas había encontrado el tronco
tendido sobre los carriles, y al que-
rer sacarlo de allí se le había ido
de las manos cayendo sobre su pier-
na y dejándolo preso bajo su peso.

Los viajeros prodigaron entu-
siasmas frases de elogio a Juanita,
y uno de ellos la declaró "heroí-
na".

La admiración de la niña al oír
ese término que tanto le gustaba,
fué inmensa, y subió de punto cuan-
do el viajero, después de cambiar



breves palabras con uno de sus
compañeros, le regaló un billete de
cincuenta pesos, manifestándole
que acababa de salvar, junto con la
vida de su padre la de todos los
viajeros.

Cuando regresó la señora de Hi-
dalgo de su viaje, y hubo oído la re-
lación de lo acaecido, dijo:

—Te felicito, Juanita, pues has
realizado realmente una hazaña
valiente.

—No mamá, no fuí valiente, pues
confieso que pasé un miedo horri-
ble, contestó Juanita.

—Precisamente esa circunstan-
cia acrecienta tu mérito, replicó
sonriendo la mamá.

RONDA

En la ca - lle de To - le - do se ha per - di - do un a - gua -
- va - ba - na se - ño - ra de - ba - jo del po - lí -

- dor. - son. - Chun - da - ra - ta Chun - da - ra - ta Chun - da - ra - ta
- son. - Chun - da - ra - ta Chun - da - ra - ta Chun - da - ra - ta

Chun - da - ra - ta Chun - da - ra - ta
Para repetir. chun - chún. Lo lle - chun - chún. En la
Para Final. Chun - chún

I
En la calle de Toledo
Se ha perdido un aguador
Chundarata, chundarata,
Chundarata, chún chún.
Lo llevaba una señora
Debajo del pollcón.
Chundarata, chundarata, etc.

II

En la calle de Toledo
Hay un colega famoso.
Chundarata, chundarata, etc.
Donde van todos los chicos
A aprender a hacer el oso.
Chundarata, chundarata, etc.

III

Piensen las amas de cría
Piensan y no piensan bien.
Chundarata, chundarata, etc.
Piensan que son señoritas
Y son burros de alquiler.
Chundarata, chundarata, etc.



Mar adentro, el agua es tan azul como el zafiro y tan clara y diáfana como el cristal más puro; pero es muy profunda, demasiado para que ninguna sonda pueda llegar al fondo, y aun en el caso de que se ataran muchas escaleras de mano, una tras otra, no sería posible llegar desde la superficie al fondo del mar. Y allí, en aquellas profundidades, es donde viven las Sirenas.

No os imaginéis, ni por un momento, que en el fondo solamente hay capas de arena blanca y desnuda, ¡oh, no! sino que allí ercen los árboles y las plantas más maravillosas, y unos tallos y hojas tan flexibles, que el más leve movimiento de las aguas las hacen mover cual si tuviesen vida, los peces enormes y pequeños, se deslizan por entre las ramas, de la misma manera como en la tierra vuelan los pájaros por el aire. El palacio del Rey de los Tritones se halla en lo más profundo del océano; sus muros son de coral y las largas y puntiagu-

das ventanas del ambar más claro y transparente, pero el tejado está hecho de conchas de moluscos, que se abren y cierran, según el movimiento de las aguas. Eso produce un hermoso efecto, porque en cada uno de los moluscos hay una perla brillante y que sería el orgullo de la corona de una reina.

El Rey de los Tritones fué viudo durante muchos años, pero su anciana madre cuidaba del gobierno del palacio; era una mujer muy inteligente, pero tan orgullosa de su noble cuna, que en su cola llevaba veinte ostras, en tanto que a las restantes dignatarias del reino, solamente les era permitido llevar seis. Aparte de eso, era mujer digna de toda suerte de alabanzas, especialmente porque adoraba a todas las princesitas sirenas, sus nietas. Estas eran seis hermosas niñas, pero la menor era la más bella; tenía el cutis suave y delicado como el pétalo de una rosa, los ojos tan azules como el agua profunda del mar, pero, como sus hermanitas, no tenía pies y en vez de piernas terminaba su cuerpo en una cola de pez.

Durante todo el día las princesitas jugaban sin cesar en las grandes salas del palacio, de cuyas paredes salían flores vivas. Cuando se abrían de par en par las enormes ventanas ambarinas, los peces entraban nadando, de la misma ma-

nera como las golondrinas atraviesan a veces nuestras habitaciones; pero en nuestra historia los peces acudían a comer de las manos de las princesas y aun se dejaban acariciar por ellas.

Ante el palacio había un espacio-jardín en donde crecían árboles rojos y azules, cuyos frutos resplandecían como el oro, y las flores se agitaban sin cesar, cual llamas vivientes, en sus tallos nunca inmóviles. El suelo era de finísima arena, pero de color fosforescente. Todo estaba bañado en una maravillosa luz azulada, de tal manera que más bien se habría podido imaginar que el lugar se hallaba en el aire, a mucha altura, sin tener otra cosa que el cielo encima y debajo, y no el fondo del mar. Cuando las aguas estaban tranquilas, se podía divisar a grande altura el centelleo del sol, semejante a una flor rojiza, que de su cáliz despediera un rayo de luz.

Cada princesita tenía su respectiva porción de jardín, en donde podía excavar y plantar matas a su capricho. Una hacía una plantación de forma semejante a una ballena, y otra, por ejemplo, prefería darle la de sirena; pero la hermana menor plantó sus flores en forma circular pensando en el sol y solamente le gustaban las flores de color rosado, como los rayos del astro. Era la princesita una niña muy rara,

apacible y reflexiva, y en tanto que sus hermanas adornaban sus espacios respectivos con toda suerte de objetos raros, procedentes de los naufragios, ella no quería nada más que flores de color de rosa, como el sol, que brillaba en lo alto, y además puso la estatua de un hermoso muchacho. Estaba esculpida en mármol blanco purísimo, y llegó al fondo del mar, sin duda, a consecuencia de un naufragio. Al lado de la estatua, la princesita plantó un sauce llorón, de color rojizo que se desarrolló magníficamente, y sus delicadas y tiernas ramas pendían rodeando la estatua, hasta tocar casi la azulada arena, cuyas sombras le hacían aparecer amoratada y se movían al mismo tiempo que las ramas. Y no parecía sino que las hojas y las raíces juguetearan, cambiándose besos.

Nada gustaba tanto a la princesa como oír relatos acerca del mundo de los seres humanos, situado a grande altura; rogaba a su abuela que le contara cuánto sabía acerca



de los barcos, de las ciudades de la gente y de los animales. Mas, especialmente, le encantaba el hecho de que en la tierra las flores fuesen aromáticas, porque en el fondo del mar no ocurría así; también que los bosques fuesen verdes y que los peces, que volaban entre las ramas, fuesen capaces de cantar dulce y fuertemente, embelesando a cuanto les escuchaban. Como ya comprenderéis, la abuela daba a los pájaros el nombre de peces, pues de lo contrario, como las sirenitas no habían visto nunca un pájaro, no le habrían comprendido.

—Cuando tengáis quince años, les decía la abuela, se os permitirá llevaros por las aguas del mar, para ir a sentaros sobre las rocas, a la luz de la luna, y contemplar los barcos que navegan a la vela, y también podréis ver cómo son los bosques y las poblaciones humanas.

Una de las hermanas había de cumplir los quince años al siguiente, pero las demás... Bueno, cada una de ellas era un año menor que su hermana, de manera que a la menor le faltaban aun seis años para poder subir y darse cuenta de cómo eran las cosas en la tierra. Pero cada una prometió a las demás hacer un relato detallado de cuanto viera y le pareciese más maravilloso en la primera impresión. La abuela, por mucho que les contara, nunca llegaba a satisfacer su curiosidad, porque las niñas deseaban detalles sobre multitud de cosas.

Ninguna de ellas tenía tanto deseo de subir a la tierra como la menor, es decir, la que más había de aguardar y que, según ya hemos dicho, era muy pacífica y ensoñadora. Muchas veces se asomaba a la

abierta montaña y a través de las azules aguas surcadas por los peces, miraba hacia arriba. Podía distinguir vagamente la luna y las estrellas, y aunque su luz llegaba hasta ella más pálida, a la niña le parecían mucho mayores que a nosotros en la tierra. Cuando veía deslizarse una oscura sombra entre ella y las estrellas, comprendía que sería una ballena o bien un barco cargado de seres humanos. Y estoy seguro de que nadie llegó a sospechar siquiera que una linda sirenita les observase desde el fondo y tendiera sus blancas manos hacia la quilla del barco.

La hermana mayor cumplió, al fin, los quince años y recibió permiso para aventurarse por las aguas. Al regresar de su excursión tenía centenares de cosas que relatar, pero lo más delicioso, según dijo, era tenderse a la luz de la luna sobre la arena de la playa, mientras el mar estaba tranquilo, y contemplar la gran ciudad cercana a la orilla, donde multitud de luces parpadeaban como centenares de estrellas; escuchar la música, el ruido y la agitación de los carruajes y de la gente, ver las numerosas torres de las iglesias y sus espiras, y oír el tañido de las campanas; y precisamente, porque no podía aventurarse en tierra adentro, eso le habría parecido lo más deseable.

¡Oh! ¡cuánta fué la atención y el entusiasmo de la hermana menor, mientras escuchaba aquel relato! Más tarde, ya de noche, se asomó a la ventana y miró a través de las azules aguas. Y se imaginó la gran ciudad, llena de ruido y agitación, y aun se figuró que podía percibir los armoniosos sonidos de las campanas.

(Continuará)

PASATIEMPOS it 1

Letras sueltas, por *Ciro*



Formar con estas letras los nombres de un Presidente de los Estados Unidos y el de un dibujante chileno. Don Quijote, por Harán

El Hada, por A. Roska



Formar con las letras, el nombre de una revista infantil.

La niña, por Nino



Formar con estas letras el nombre de una hermosa serial.



- 1.— Fruto.
- 2.— Para la risa.
- 3.— Provincia de Chile.
- 4.— Nombre femenino.
- 5.— Miedoso.
- 6.— Prenda de vestir.

Las Aventuras de FREDDIE

CAPITULO I



1. Freddie, su gato Minú y su amigueta Jane, habían sido salvados de un naufragio. Pero al poco tiempo de estar en la isla donde Mister Harvey pescaba perlas, fueron acusados de haber robado dos perlas. Las perlas fueron encontradas en los bolsillos de Freddie. Mister Harvey se vió obligado a despedir a los niños para no entregarlos a la policía.



2. Freddie y sus dos compañeros, Jane y Minú habían atravesado ya el puente de desembarco, cuando llegó corriendo un muchacho negro. —Mister Harvey, espere, espere! gritó el muchacho negro. Freddie y Jane volvieron la cabeza. —¡Jane, dijo el niño, es el muchacho negro a quien salvé el otro día de morir ahogado por causa de haberse enredado.



3. ¿Qué ocurre, Kankán? preguntó Mister Harvey. —Amo, respondió el negrito, niño no ser ladrón. Kankán ver cuando un hombre metió las perlas en el bolsillo de niño Freddie. —¿Y quién es ese hombre? preguntó mister Harvey. ¿Se encuentra aquí? —Sí, amo; allí está, respondió Kankán indicando con la mano a un hombre llamado Joe Sandu.



4. El hombre llamado Joe Sandu y que había sido acusado por el muchacho negro, se precipitó sobre éste enarbolando un garrote con ánimo de golpearlo, mientras clamaba: —Pedazo de tizón, eres el mentiroso mayor del mundo! Pero yo castigaré tu mentira y te enseñaré a tener más respeto por tus amos blancos! Levantó el garrote sobre Kankán.



5. Pero en ese mismo instante; Freddie se precipitó por detrás de Joe Sandu y lo tomó por la cintura impidiéndole descargar el garrotazo sobre la cabeza de Kankán. Se sucedió una corta lucha. Pero el gesto hecho por Joe Sandu había convencido a mister Harvey de que Freddie era verdaderamente inocente y que todo era maquinación de Joe.



6. Freddie hubiese salido muy mal parado de la desigual lucha que sostenía con el bribón de Sandu, si dos negros no se hubiesen precipitado a prestarle ayuda a una voz de mando de mister Harvey. Sandu fué tomado por los dos robustos negros, mientras mister Harvey se volvía hacia Freddie y le decía: —Discúlpame por haber dudado de ti.



7. ¿Qué hacemos con este hombre, amo? preguntaron a mister Harvey los dos negros que habían agarrotado a Sandu y lo mantenían firmemente bajo sus manos. —¡Pónganlo junto a la borda, mirando el agua! ordenó mister Harvey. Cumplida esta orden, mister Harvey se puso detrás de Sandu y le aplicó el más fenomenal puntapie lanzándolo de cabeza al agua.



8. El gesto de mister Harvey resultó tan cómico, que todo el mundo a bordo del barco pesquero se echó a reír a carcajadas. Joe Sandu, con la parte posterior muy dolorida, empezó a nadar hasta llegar a tierra. Y cuando se encontró en la isla, se paró en la orilla y amenazó con el puño a los del barco diciendo: —¡Ya me llegará el turno! ¡Pierdan cuidado!

(Continuará)



RECUERDE: El príncipe Clodio se remonta por los aires en un caballo de madera que el rey Indar obsequió al padre de Clodio para obtener en cambio la mano de la princesa menor. Pero ésta no quiere casarse con un rey viejo y feo y pide protección a su hermano Clodio. Este, volando sobre el caballo de madera llega a un país remoto donde encuentra a la princesa Clarmondina y vuelve con ella a su país aterrizando en un palacete, fuera de la ciudad. Indar lo ve descender y, mientras Clodio va a avisar a sus padres, logra enganar a la princesa y la rapta en el maravilloso caballo. Bajan en un país lejano y el raptor sufre un ataque. Llega el rey del país, hace encarcelar a Indar y dice a Clarmondina que la hará su esposa y reina del país.

CAPITULO VIII

Llegado a palacio, el rey Mendo dió a Clarmondina las habitaciones más lujosas y después de verla instalada cómodamente y bien servida por docenas de criados y doncellas, se fué a reunir el Consejo para obtener la venia necesaria que debería legalizar la unión entre Clarmondina y el rey Mendo. Por supuesto que ninguno de los miembros del Consejo tuvo la ocurrencia de oponerse a la boda tan ansiada

por el rey. Habría sido destituido sin mayores ceremonias y reemplazado inmediatamente por otro conserjero más condescendiente.

La consulta del rey al Consejo no fué más que una fórmula. Todos y cada uno de los consejeros declaró que jamás habían visto una reina tan hermosa y tan digna de ocupar el trono del reino de Salerno.

Poco después volvió el rey Mendo a las habitaciones donde había dejado a Clarmondina. Con la cara rebosante de júbilo, dijo a la princesa:

—Nada se opone ya a nuestra boda, hermosa reina mía.

El rey Mendo estaba radiante de alegría. Pero Clarmondina parecía no participar en lo más mínimo aquella alegría; al contrario, cuando oyó decir eso al rey, la joven se puso intensamente pálida. Comprendía que ahora le sería difícil negarse a ser la esposa de Mendo. ¿Quién podía intervenir en su favor? Nadie. Sólo debía valerse por sí misma. Afortunadamente Clarmondina era una mujer de mucho ingenio y valentía.

De pronto vino una idea que pareció haber sido inspirada por

mismo cielo. Se quedó mirando con inusitada y extraña fijeza y cuando Mendo, muy sorprendido se preparaba a interrogarla cariñosamente para que le explicara esa actitud, exclamó lanzando una estruendosa carcajada:

—¡Oh, la linda boda, la hermosa boda! Pero mucho cuidado con dejar de invitar a la reina de La Linterna y sus linternitas! ¡Mucho cuidado con desairarlas...!

Y dicho estas palabras sin sentido, se puso a bailar y a brincar desahoradamente. Al principio creyó Mendo que la joven obraba impulsada por el júbilo de sentirse ya casi una reina. Pero luego, al ver que las extrañas cabriolas no cesaban y que las palabras tenían cada vez menos sentido común, empezó a sentirse muy inquieto sospechando una gran desgracia. ¿Se habría vuelto loca de repente aquella linda joven?

—¡Que venga, que venga también la reina de los Patos! seguía diciendo Clarmondina mientras retorcía sus brazos con desesperación.

—Sí, sí, dijo el rey, para no contrariarla, y vendrá también la reina de los gansos...

—¡No, no! No quiero que venga la reina de los gansos, exclamó Clarmondina.

—Bueno; no la invitaremos, respondió el rey Mendo en tono conciliador.

—¡Hay que invitarla, hay que invitarla! ¿Qué diría el caballero de la Luna y el emperador del Sol?

—¡Ay exclamó acongojado el rey Mendo. ¡Creo que esta niña se ha vuelto loca!

Clarmondina, como para no dejar la menor duda de que se había vuelto loca de remate, echó a correr

de un lado a otro del aposento y por fin se arrodilló en el suelo y levantando los brazos al cielo, gritaba:

—¡Cantad, pajaritos, sonad campanitas que vengan los buhos a la fiesta y dancen con las palomas!

—¡No cabe duda; se ha vuelto loca de remate! murmuró el rey lanzando un hondo suspiro.

Se inclinó sobre la joven para levantarla dulcemente; pero Clarmondina se levantó por sí misma bruscamente y corrió hacia una ventana con ánimo de lanzarse de cabeza al patio.

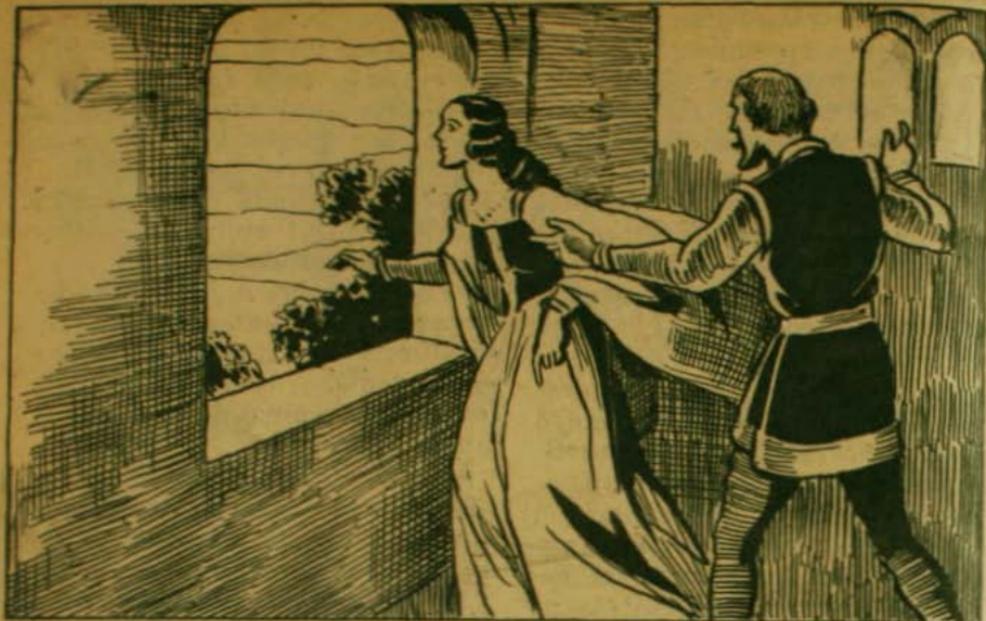
Asustado el rey, le suplicó con las más tiernas palabras de que se tranquilizara, que nadie la molestaría y que ella haría su gusto.

Al ver que Clarmondina parecía tranquilizada, el rey llamó a una docena de doncellas para que cuidaran de la futura reina. Y se marchó muy triste.

Luego llamó al capitán de sus guardias y le encargó que reuniera a los heraldos para que fueran por plazas y calles anunciando que el rey ofrecía riquezas y honores al médico o a cualquier súbdito que lograra curar a la princesa Bienvenida de su locura repentina.

Mientras tanto, en el palacio del rey de España ocurrían grandes cosas. Clodio había preparado una suntuosa recepción a su amada princesa Clarmondina, y el rey y la reina estaban impacientes por conocer a la princesa extranjera que había logrado aprisionar el corazón del príncipe.

Muy contentos estaban los padres de ver feliz a su hijo, después de haber pasado por tan peligrosas y terribles aventuras. Y ahora ni siquiera maldecían al rey de la In-



Clarmondina corrió hacia la ventana con ánimo de lanzarse al patio.

dia y su caballo mágico, pues gracias a este último, Clodio había encontrado a una princesa tan encantadora.

El príncipe y sus padres, seguidos de un magnífico cortejo se disponían a ir a las puertas de la ciudad donde los reyes y la corte esperarían, mientras Clodio con un grupo de damas y caballeros saldría en busca de la princesa que aguardaba en el palacete de campo, donde resonó el llamado de una trompeta.

Al principio nadie hizo caso de aquella trompeta; pero como la llamada continuaba con verdadero estruendo, Clodio no pudo dejar de prestar atención. Era el hombre de oro, la estatua maravillosa que representaba un trompetero y que

tocaba el sonoro instrumento cuando alguien cometía una traición. Y en ese momento el traidor era el rey Indar que estaba raptando a Clarmondina.

Clodio adivinó que la princesa estaba en peligro y, montando a caballo, se lanzó a toda carrera hacia el palacete de campo, seguido por unos cuantos intrépidos caballeros que pronto quedaron rezagados pues no podían competir en velocidad con el caballo del príncipe.

Pero cuando Clodio llegó al palacete de recreo, era demasiado tarde. ¡El malyado rey Indar había partido en el caballo mágico llevándose a la pobre Clarmondina!

(Continuará)

La Isla de los Cruzados



RECUERDE: El aviador Bill Barnes, es contratado por el Emperador de Joram, para que adiestre a sus pilotos. Sandy, el más joven de todos es hecho prisionero por Elliot, quien trata de conseguir un sello de la India. Barnes lucha hasta rescatar a Sandy causando la muerte de Elliot. Luego en un viaje por el desierto Líbico, se traban en lucha con nueve aviones enemigos, de la cual salen victoriosos, dirigiéndose luego a Port Sudán. Zboyan en Rodas, alirado, ordena a Popovich que si es posible mate a Bill Barnes, si continúa interponiéndose a sus planes. Mientras tanto, después de haberse instalado cómodamente en un hotel de Port Sudán, Bill recibe una carta de invitación a una comida, donde es secuestrado, por los hombres de Popovich. Lo llevan a una casa de los alrededores; Bill trata de escapar, pero recibe un golpe en la cabeza quedando aturdido. Cuando vuelve en sí, escucha una conversación de sus enemigos, y...

El americano de la cara gruesa le abofeteó con toda su fuerza y Bill escupió sangre, en tanto que dos hombres separaban al primero.

—¡Déjalo en paz! exclamó el hombre flaco. No tardará en llegar M-R. Hace ya seis horas que está en el aire.

Bill cerró los ojos; sentía cierta reacción que se traducía en fuertes

náuseas. Se preguntó si por remota casualidad sus hombres se habrían dado cuenta de su desaparición. Lo más probable es que se hubiesen acostado todos en la creencia de que se había divertido mucho en aquella cena. Por un momento le dió vueltas la cabeza hasta el punto de que creyó perder nuevamente el sentido.

—Traed un poco de amoníaco, ordenó una voz de timbre agradable.

Bill consiguió abrir los ojos, y miró el rostro moreno, de ojos castaños que se inclinaba hacia él. En el semblante de aquel hombre, no estaba pintada la criminalidad y los bajos instintos, como en los demás. Parecía también deseoso de lograr el bienestar del preso; por un momento Bill sintió renacer su esperanza, aunque luego la perdió más completamente todavía. Aquel, se dijo debía ser el misterioso M-R y antes de desviar la mirada, estudió unos instantes a aquel individuo.

—¿Siente usted alguna incomodidad, Barnes? le preguntó Popovich.

Bill afirmó inclinando la cabeza. Era indudable que aquel individuo empezaría tratándole con bondad

y amabilidad, para torturarle luego. Era el sistema clásico; dar al preso alguna esperanza, para quitársela luego, y torturarle físicamente, después de la tortura moral.

A oídos de Bill, llegó una voz desde la estancia inmediata; era muy curiosa y hablaba un lenguaje que él desconocía completamente; era la voz que podía tener el capataz de una cadena de esclavos, brutal y aterradora. Cuando dejó de oírse, fué seguida por un gemido prolongado de agonía, que terminó en un horroroso chillido.

Se oyó nuevamente la voz colérica e insistente, y se repitió asimismo aquel gemido de dolor, y luego el apagado grito de agonía. Este cesó al fin, para dejar oír la palabra incoherente de un loco.

Bill se estremeció, y miró a Popovich con ojos dilatados por el terror. Popovich extendió las manos, y ayudó a Bill a sentarse, y luego ordenó a uno de los hombres que había en la estancia, que soltara las ligaduras del aviador.

—¿Se encuentra mejor ahora? preguntó. Y volviéndose a los que estaban en la estancia, añadió:

—¡Salid todos! Tú, Bradley, aposta un hombre armado delante de cada puerta; que no deje entrar ni salir a nadie.

Bill esperó para hablar, a que Popovich se volviese hacia él. Un grito como jamás oyera de labios humanos, resonó en la estancia inmediata. Bill sintió un escalofrío a lo largo de su columna vertebral y luego todo su cuerpo se bañó en sudor frío. Era el sonido más espantoso que llegara jamás a sus oídos.

—¿No resulta muy agradable, verdad, Barnes? le preguntó el moreno Popovich. Sonrió y ofreció

un cigarrillo a Bill, el que meneó la cabeza negativamente.

—Se portó usted magníficamente hoy contra mis hombres, Barnes, añadió. Ha justificado con exceso su fama. Nunca hubiese podido creer que cinco hombres fuesen capaces de derribar once de mis aviones.

—“Bien, se dijo Barnes, si lo toma de esta manera, voy a contestarle debidamente. Me conduciré con la misma amabilidad e indiferencia que él”.

—Sería conveniente que enseñara usted a sus hombres a volar y a tirar, le contestó.

—Antes de ahora se mostraban muy capaces de ambas cosas, replicó Popovich en tono amable. Pero es indudable que hoy fracasaron. En fin, eso no importa gran cosa; de no haber muerto hoy, los habrían muerto otro día, tenemos muchos aviones y muchos pilotos todavía.

—Algo así como un rebaño; ¿verdad?

—Exactamente, convino Popovich con acento de cortesía. Exactamente mañana me proponía enviar cincuenta aviones contra usted, y creo que habría sido más que suficiente para vencerle, aún siendo quién es. Pero me ha evitado usted la molestia al venir a visitarme bondadosamente: pero puede haberle el consuelo, Barnes, de saber que en ningún caso, podría haber llegado a Jogam.

—Pues aún me creo capaz de llegar allí, le contestó con la misma cortesía. Ya he corrido muchas aventuras semejantes a ésta.

—Lo cual significa, Barnes, que volverá usted a intentar fugarse, replicó Popovich sin descomponerse, aunque por el centelleo de sus



Popovich ordenó a uno de los hombres que soltara las ligaduras.

ojos y por la contractura de los músculos de sus mejillas, era evidente que le molestaba.

—Desde luego, es usted un bandido y de lo peor que he conocido en mi vida, le contestó Bill riéndose.

Popovich se sonrojó intensamente, de modo que por un momento Bill se figuró que iba a agredirle. Pero sacudió la ceniza de su cigarrillo, en tanto que recobraba el dominio sobre sí mismo.

—¿Dónde están esos dos sellos de correo de la India, Barnes? preguntó con el mismo tono cortés de antes, aunque ya sus ojos tenían la dureza del granito, y sus ojos mostraban la crueldad de un leopardo que se dispone a saltar sobre su víctima.

—¡Ya! replicó Bill. ¿Eso es lo que quiere usted saber?

—Necesito esos sellos, Barnes. ¿Dónde están? preguntó secamente.

—Me acompaña un joven avia-
dor, contestó Bill lentamente, que cuando quiere expresar la burla o

no va con otra respuesta, contesta con una sola palabra; esta es: "Narices", y ésta es, señor M-R, la respuesta que le doy.

Popovich palideció y se sonrojó varias veces alternativamente, en tanto que Bill lo examinaba, diciéndose que aquel hombre parecía un ave carnífera. Pudo darse cuenta de que estaba henchido de orgullo, y que de ser herido profundamente, tal vez lo obligara a cometer un error. Al mismo tiempo estudiaba Bill, las ventanas de la estancia y la puerta que daba al corredor. Esperaba el momento en que podría poner sus manos en la garganta de Popovich, y con tal rapidez, que no tuviese oportunidad de proferir un solo grito, ni tampoco de defenderse, porque sin duda iba armado. Una pistola automática le daría la posibilidad de defenderse en el caso de que pudiese salir de la casa, y hasta le pareció ver el bulto que hacía tal arma en su funda, bajo la chaqueta de Popovich.

(Continuará)

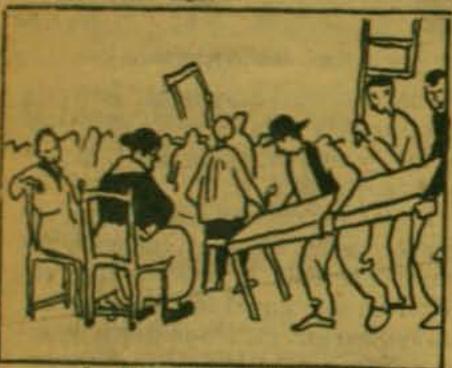
Matacanes, el bribón,



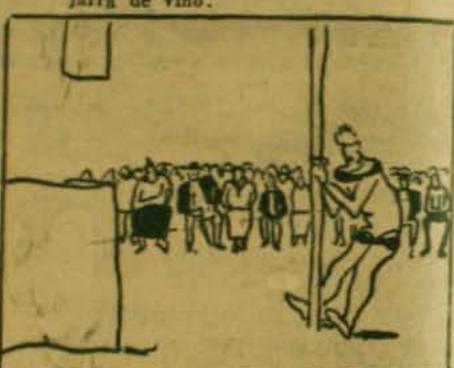
1. Cuando regresa al pueblo Matacanes, molido de cansancio y de fatiga, se le unen unos cuantos charlatanes, dispuestos a escuchar cuanto les diga.



2. Les relata la marcha fatigosa, y las mañas de "Chuchi", perro fino; mas de pronto les dice: ahora otra cosa, bebamos una gran jarra de vino.



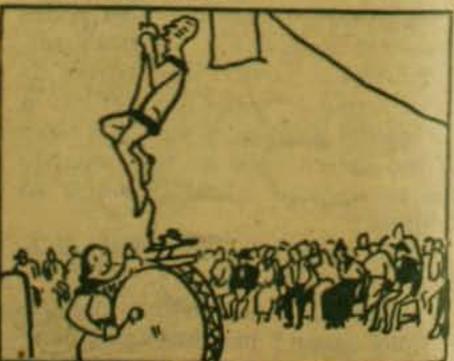
3. Y entre tanto la gente va llegando, con sillas y con bancos a la plaza, pues la hora de empezar se va acercando, y en los titeres todos meten baza.



4. Matacanes, que no está muy seguro, por el vino y la dura caminata, no encuentra solución para su apuro, mientras las cuerdas del trapecio ata.

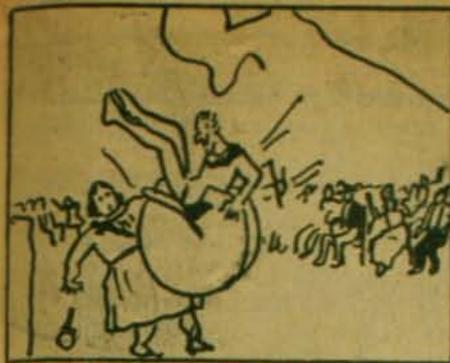


5. No sabe trabajar y se mareas, y como a todos les parece guasa, ríen al ver cómo se tambalea, porque ¡es claro! no saben lo que pama.



6. Y mientras Matacanes va pasando, las fatigas más grandes de su vida, en la cuerda, por la que va trepando, le espera la sorpresa más temida.

No acaba bien la función,



7. Y ocurrió la desgracia en el momento, más difícil que había que temer; Matacanes, a un brusco movimiento, rompe el bombo que toca la mujer.



8. El hombre se levanta, y enojado, por las risas de grandes y pequeños, dice que la sesión ha terminado. ¡Adiós, fiesta de risas y de ensueños!



9. Ante la negativa del artista, a terminar la fiesta del programa, irrumpen con garrotes en la pista, y a Matacanes van a hacer mojama.



10. Llegan hasta la plaza, presurosos, gitanos y gitanos que rodean, a un gitanillo, a quien los más curiosos, con preguntas y cargos le marean.



11. El pueblo, que se suma a los llegados, quiere saber también lo que sucede, y el chico, con los ojos arrasados, dice: mi padre allá muy lejos muere.



12. Dispónense en seguida los gitanos, a auxiliar al herido compañero. Por el camino marchan como hermanos, y cada cual procura ser el primero.



Era un pobre inquilino de un fundo cercano de San Luis; humilde y sin trabajo, por habersele suspendido de sus labores en el fundo; vivía con sus trece hijos. Un día, desesperado por su miseria al no tener con que alimentarlos, decidió hurtar un quintal de trigo.

El administrador de aquel fundo era un hombre notable por sus virtudes, y sobre todo, por su caridad cristiana.

Sus criados llevaron un día a su presencia, a aquel hombre, acusándolo del hurto mencionado, y contra el que todos pedían el castigo merecido. El administrador de tan buen corazón, se sonrió dulcemente, despidió a sus criados y dijo al

ladrón:

—¿Tienes hijos?

—Sí, señor, contestó el acusado.

—¿Cómo es que no has hurtado otra cosa más ligera y has elegido el trigo que es tan difícil de ocultar?

—Era pan lo que faltaba a mis hijos, señor.

—Por qué no lo has pedido, antes de hurtarlo?

El humilde hombre calló.

—¿Sabes el castigo que te impone la ley?

—¡Perdón, señor administrador, perdón!

—No tiembles; me has hurtado una cosa que yo te hubiese dado si tú me la hubieses pedido. Coge el trigo, y llévaselo a tus hijos si no tienen pan, pero luego devuélveme el costal, porque me hace falta, y recuerda esto: *¡Pide y no robes!*

A los pocos momentos más tarde volvió para entregar el costal, y así sus trece hijos tuvieron para comer no un solo día sino varios más.

Después de la lección dada por el administrador y de haberle hecho la formal promesa de no volver a robar más, siempre que tuvo necesidad apeló a los buenos sentimientos y al gran corazón de este señor.

Alej

RIASE UN MINUTO....



—Yo no sé cómo te arreglas para vivir teniendo tantas deudas.

—Hago como si tocara la flauta: tapo un agujero para abrir otro en seguida,

Criado modelo

—¿Por quién preguntaba usted?

—Por don Pablo.

—¿Qué se le ofrece?

—Vengo a arreglar una cuenta.

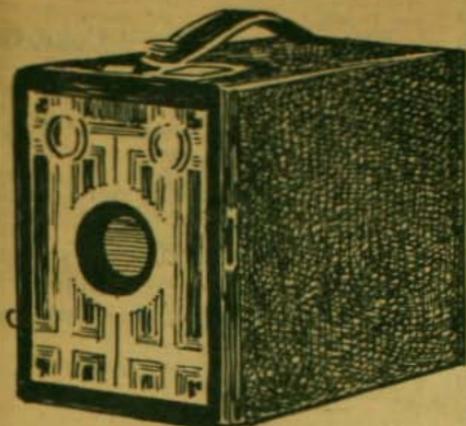
—Pues don Pablo salió ayer para Monterrey.

—Es que venía a entregarle la herencia que por conducto del abogado Pérez recibe de su tío y...

—Pero ha regresado esta mañana. Pase usted.

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD



5 Premios de \$ 200
5 " " " " " " 100
10 " " " " " " 50

Cortes de casimir.
Baterías de cocina.
Medias.
Suscripciones semestral a
"EL COLEGIAL".
Pelotas de futbol.
Chombas.
Bicicletas para niños y niñas.
Radios.
Zapatos para niños.
Tazas de porcelana.
Calcetines.
Juegos de Té.
Muñecas.

Una máquina fotográfica marca
"Brownie Junior 620", obsequio de
la casa "KODAK".

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

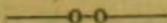
y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140

Ríete un minuto

El ladrón.— ¡Alto ahí! ¡Ya me está usted dando todo lo que lleva encima!

El transeunte (sacando un revólver).— ¡Venga usted a buscarlo...!

El ladrón.— ¿Esas tenemos? ¡Ahora mismo voy a denunciarle por usar armas prohibidas...!



—Compare, ¿osté ha visto a Dió?

—No zeñó.

—Entonces no hay Dió.

—Compare, ¿ozté se ha visto su cogote.

—No zeñó.

—Entonces no tié ozté cogote...

—Dígame, dice el maestro, el nombre de un pájaro.

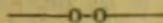
—El ruiñeñor, dice el alumno.

—Otro.

—El tiempo.

—¿Cómo el tiempo?, pregunta el maestro asombrado.

—¡Y, claro, dice el niño. ¡No aseguran que el tiempo vuela? Y si vuela es un pájaro.



Oculista.— ¿Ha conseguido usted que su niña se acostumbre a llevar puestos los anteojos?

Madre.— No hay medio de hacer que los lleve puestos durante el día. Por suerte, yo logro ponérselos todas las noches en cuanto se duerme.



Aguila Negra.— Amiguito, poses una gran imaginación, pero eres demasiado ambicioso. Quieres hacer algo grandioso desde un principio, pero las fuerzas no te alcanzan todavía. No te remontes tanto y escribe temas más sencillos y breves. Tu poesía es buena; pero considero que es demasiado triste para publicarla en el "Vergel Infantil".

L. Salinas. (Los Angeles).— ¡Muy bien, amiguito! Me complace en contarte en el número de nuestros colaboradores dibujantes. Tus problemitas se publicarán.

Noé y Tom. (San Fernando).— Mis queridos "colegiales", lamento tener que decirles que sus dibujos no se pueden publicar así como vienen. Deben enviarse trazados con tinta china; de otro modo no se prestan para una buena impresión. Además, tomen en cuenta que la palabra es "Quien" y no "Quen". Igualmente deben ustedes escribir "Cohetes" y no "Cuetes". Espero que envíen otros problemas tomando en cuenta mis advertencias.

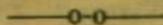
A PASATIEMPOS N.º 32

El aviso, *por Ciro.*— Coke, Ocaña, Lechuga, Estaño, Grecia, Ilíada, Avión, León.

Roldán, *por Naramú.*— "Los Esclavos del Sultán".

Charada ilustrada, *por Cheche*— Camión.

Proverbio-jeroglífico, *por Armando Roska.*— "Es mucho más fácil pillar a un mentiroso que a un ladrón".



PREMIOS DE LA SECCION PASATIEMPOS N.º 32

Mercieron premios de \$ 5.— Ciro, por su dibujo "El aviso" y \$ 5.— a Naramú por su dibujo "Roldán".

Se dieron premios de \$ 5.— a Esther Lama Ahués, Santo Domingo 158, San Felipe; \$ 5.— a Huguette Barrandeguy, Castro 237, Santiago y \$ 5.— a Thechy Saavedra Escobar, Arturo Prat 121, San Felipe.

GRAN SORTEO QUE
"EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE
CONCURSO.

CUPON N.º 23

SUSCRIBASE A

' EL COLEGIAL '

ASEGURANDO ASI SU NUMERO
PARA LA COLECCION.

Oficinas Díez de Julio 1140.—Santiago.

\$ 50 al Año.

\$ 25 medio Año.

Puede llamar al teléfono 85152 para que pasen por su casa por el valor.

Los que se suscriban en el mes de Diciembre, por un año, se les regalará la colección desde el primer número.



Es un arbusto con flores de color tojo-bermellón, propio de nuestros bosques antárticos. Es llamada vochivochi por los chilotos, palabra derivada seguramente de vochi, con que son designadas todas las trepadoras. Las ramas son delgadas y poco resistentes, y trepan sobre otros árboles. Las hojas son opuestas y a menudo se introduce una tercera hoja más pequeña, tomando todas ellas una orientación a los rayos solares; son aovado-oblongas, de borde aserrado y pecíolo corto. Las flores colgantes, de 4 a 5 centímetros de largo, están sostenidas por pedúnculos largos. El insecto polinizador, es el moscardón, que se enpolva en la parte superior del cuerpo y transmite el pólen al estigma de otra flor. El fruto es una baya verde polisperma. Abundan en las regiones australes no sobrepasando el Estrecho de Magallanes.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

COMENSALISMO ENTRE LA HORMIGA Y EL PULGON

Comensalismo es la concurrencia vital entre dos animales, en el cual uno de ellos vive a expensas del otro, pero sin provocarle daño alguno.

Un ejemplo de este fenómeno, lo tenemos entre una variedad de hormigas, llamadas "pastorales", que se dedican a criar y a cuidar con esmero los pulgones y los instalan en cómodos abrigos contruídos en la tierra o en galerías y cavidades subterráneas. Las hormigas los transportan a los vegetales, y a cambio de los cuidados y de la protección prestada, los pulgones las proveen de un jugo azucarado, que es un alimento muy apetecido. En la figura presente, aparece una hormiga ordeñando a un pulgón.





CASTORCITO Y EL OSO PANCHO



1. El indiecillo Castorcito y su inseparable compañero el oso Pancho salieron al campo para hacer once al aire libre. Pero de pronto Castorcito se dió cuenta de que se habían extraviado.



2. El oso Pancho tenía hambre y quería comer al momento, pero Castorcito le respondió: —Yo soy el que mando. Subiré a ese poste para mirar dónde estamos y no comerás hasta que yo baje.



3. Castorcito subió hasta el extremo superior del poste para examinar los alrededores, mientras el oso Pancho, que ya se moría de hambre, resolvió hacer bajar lo más pronto a Castorcito.



4. Con mucho ímpetu subió el oso Pancho por el poste hasta llegar a la cumbre y le dió un cabezazo a Castorcito sacándolo de su puesto de observación. —¡No espújese!, exclamó Castorcito.



5. Feliz por haber obligado a Castorcito a bajar de poste, el oso Pancho se desalió hacia abajo. —Ahora podremos em-



6. ...se quedó enganchado en la nariz de la figura que adornaba la cumbre del poste. Y como Castorcito no bajaba